



Algo sobre Estética

Para quien—periodista o no— en alguna publicación colabora, tienen cada una de las épocas del año, su imperativo o influencia, a los cuales es difícil sustraerse.

Sirva este comentario inicial para justificar el que en los primeros días de Octubre—inauguración del curso Académico—tenga esta crónica ciertos aires de paraninfo, o de discurso inaugural, con la monotonía y pesadez propias de tales peroraciones oficiales, aunque con la única, y nada despreciable ventaja de su mayor concisión y brevedad.

La palabra Estética fué usada por primera vez por el filósofo alemán Baumgarten, en su famosa obra así titulada, que se publicó en el año 1750, y ella presupone la consideración de la Belleza en cuanto impresión subjetiva, pues deriva del verbo griego «sentir» o sea «ser afectado agradable o desagradablemente» y por traslación, entender, conocer.

Aunque para algunos profesores, como Fermín de Urrereta, Baumgarten fué uno de esos pensadores que en disconformidad con los extravíos de la filosofía de su tiempo, decidió refugiarse en la esfera de lo estético, mostrando cierto paralelismo con nuestro Ramón Llull, el caso es que toda la obra de Baumgarten es considerada como mediocre, aún reconociéndole el feliz hallazgo de la palabra Estética, que ha sido universalmente adoptada, cuatro definiciones de la Estética dió aquel filósofo:

«*Ars formandi gustum*»—Arte de formar el gusto.

«*Ars pulchra cogitandi*»—Arte de pensar pulchramente

«*Scientia cognitionis sensitivae*»—ciencia del conocimiento sensitivo.

«*Gnoseología inferior*» traducido por algunos «Gnoseología subalterna», empleando el término *gnoseología* como expresión de «la filosofía del conocer».

Pero más generalmente suele definirse la Estética, aunque apartándose de su estricta etimología griega, como «Ciencia que trata de la Belleza, y de la teoría fundamental y filosófica del Arte».

Contemporáneo de Baumgarten fué Winkelmann cuya mayor fama fué debida a sus estudios sobre las obras maestras de la plástica antigua, que convirtieron la Arqueología—«ciencia que estudia los monumentos de la antigüedad»—en «Historia del Arte» y en «Estética Aplicada».

Su obra más importante fué la «Historia del Arte entre los Antiguos», tan apreciada por todos los estudiosos, pero no deja de ser también muy interesante su «Tratado sobre el sentimiento de lo Bello en las obras de arte», en el cual se

considera la Belleza sensible como «un reflejo o reminiscencia de la perfección absoluta y suprema; como una beatitud momentánea, preludio y mensaje de la eterna beatitud»

Y es curioso que esta definición sea en el fondo análoga a la de San Agustín: «Toda Belleza procede de la Belleza Suprema que es Dios» y ambos parecen traducciones al cristianismo de las ideas del filósofo griego Platón: «Quien contempla cara a cara la Belleza, no producirá ya imágenes de virtud, sino, la Virtud misma; porqué ya no poseerá un simulacro vano, si no la cosa en sí, y se hará amigo de los dioses».

Juan Pablo Richter, autor de la obra «Teorías Estéticas», no define en ella la Belleza ni el Arte, porqué según él, toda definición no es más que un círculo vicioso, y cree que la verdadera Estética solo podrá escribirse algún día, un hombre que sea a la vez filósofo y poeta.

No anda desacertado Richter en su desconfianza con las definiciones, pues si observamos que—como hemos dicho al principio—la palabra Estética deriva del verbo griego *sentir* y este expresa el «ser afectado agradable o desagradablemente», muy defectuosa es la definición ya indicada como más generalmente admitida, que nos la presenta como «Ciencia que trata de la Belleza», puesto que sería muy extraordinario caso el de aquel que fuese afectado «desagradablemente» por ella. Bien podríamos calificarle de anormal o de poco civilizado.

Pero en cambio su etimología nos advierte de una concordancia con lo que ya dijimos en otro artículo, o sea que pueden existir obras de arte no solo sin belleza, sino hasta feas del todo. Y tan cierto es eso, que resulta al fin que hasta una

obra fea puede tener estética, porque lo más probable es «que nos afecte desagradablemente».

Y como llegaríamos a cansarnos nosotros y también a fatigar al lector, dándole vueltas a estos asuntos, y sutizando tales conceptos, preferimos dar por terminado este «Carnet de Arte» con la recomendación de que todo aquel que se interese por el Arte y por la cultura que al mismo se refiere, no se olvide, por lo menos de los nombres de estos tres fundadores de la moderna Filosofía del Arte: Baumgarten, Winkelmann y Richter.

ARTEMIO

5 minutos (Continuación)

lahí. Florenza y otros.

—¿Podría la U. D. Guixolense cuidarse de ese cometido?

—Si, y aprovechando que actualmente el Guixols cuenta con un buen preparador, habría que darles facilidades y oportunidad de entrenamiento

—Y volviendo al tema técnico. Hay quien dice de pasar a López a la media y Colomer a la defensa ¿Qué te parece la cosa?

—Sería un cambio que creo beneficiaría al conjunto, ya que nuestro capitán ha tenido reacciones dignas del mayor elogio defendiendo los colores de nuestro Club, y referente a Colomer, le creo más defensa que medio. El torneo es largo y difícil, y todos nuestros jugadores han de estar preparados para ocupar el lugar más apropiado, por lo tanto quiero decir, que para todos habrá ocasiones.

—¿Recuerdas el último partido oficial entre el Guixols y el Palamós?

—Si, fué el 23 de Enero de 1949, y que toda la afición recordará con tristeza muchos años, se jugó en nuestro campo y fuimos derrotados por 5 a 2.

—¿Podrías decirme los equipos que contendieron?



Llama un inspector

de J. B. PRIESTLEY

Hace años que entablé comunicación con este escritor a través de unas obras inglesas, tal vez antes de que trascendiera su importancia al público de teatro. Si no me equivoco en España se han representado de él «La Herida del tiempo» (Time and the Conways) y ésta de que me ocupo «Llama un inspector» (An inspector calls). Leí además, «They came to a city», obra en un acto, de tipo simbólico, donde el problema base de todo su teatro latía ya la conciencia, lo que nos recrimina nuestros actos y crea la necesidad de una constante expiación, de un constante afán de superarse en lo moral, en lo ético, que hace de Priestley un auténtico cruzado del espíritu.

«Llama un inspector» es la más ingeniosa obra de este original dramaturgo, que plantea con vivísima intensidad y claridad un problema de tremendo alcance, y además muy grato a las modernas corrientes; Sin querer confesar-noslo a nosotros mismos muchas veces hemos tenido participación activa en alguna desdicha del prójimo, y únicamente ocurre las más veces que esto no llega a saberse. Mas, si toda la familia Birling de esta obra, en los tratos sucesivos que sus componentes tuvieron con Eva Smith, contribuyó a su suicidio, pues todos le causaron una u otra desazón, bueno es que un inspector de policía les haga confesar su culpabilidad unos ante otros, y les haga conocerse así mejor. Todo el mundo aprende confesando, viene a ser el segundo leitmotiv del drama.

En cuanto a su construcción, es de lo más escueto que puede pensarse. Llega el inspector cuando la familia acaba de celebrar con una cena el compromiso matrimonial de Sheila, la hija. Les comunica que Eva Smith, sencilla muchacha obrera, se ha suicidado aquella tarde en el hospital, y comienza a averiguar cuáles han sido las relaciones que todos tuvieron con ella, y las que unos a otros no se habían confesado. El padre la despidió de la fábrica, la muchacha hizo que la despidieran de una tienda, el prometido la había hecho su amante, el hijo de los Birling la arrojó a la desesperación y la Señora Birling le negó la mezquina caridad organizada de un club de Buenas Obras. Todos han sido en cierto modo culpables de la muerte de la chica. Todos han de confesar en público. Es preciso lavarse la cara. Después todos se sentirán mejores, y recordarán que en el mundo necesitamos unos de los otros aun para la confesión.

La opinión acomodaticia del Sr. Birling, la mezquina altivez de su esposa, la vanidad de Sheila, el vicio de Eric su hermano, y la debilidad de Gerald, el prometido, cobran valor de símbolo en la pluma de Priestley. Y la voz del inspector—¿era realmente un inspector de policía?—lo cobra de aviso sobrenatural.

Esta Obra fué presentada en Barcelona bajo la dirección de Cayetano Luca de Tena, por la compañía del Teatro Español, de Madrid, con una precisión y una fluidez de maestros, Guillermo Marín, Rafael Bardem, Gabriel Llopart, Jacinto Martín, María Jesús Valdés y Julia Delgado Caro son unos portentosos comediantes. Emilio Burgos dibujó decorado y figurines y Félix Ros nos hizo el espléndido servicio de verter la obra al español.

J. Vallverdú A



BOLETAS

...Y así nació, en aquel periódico, el concurso futbolístico semanal con su correspondiente Boleta que se insertaba en tercera página y que después de rellenada debidamente, se recortaba y mandaba a la Redacción.

Pero había un inconveniente: la cuarta página del periódico, por lo general, se dedicaba a escritos de mayor o menor valor literario y al recortar la Boleta para tomar parte en el concurso, forzosamente se recortaba también un fragmento literario.

Ello originó cartas al Director invitándole a que la Boleta se insertara de manera que no perjudicase los escritos y poder así, tomar parte en el concurso y a la vez guardar los ejemplares con su literatura íntegra.

Pero de momento la cosa quedó como antes.

Pasaron las semanas y al recortar la boleta, ora se mutilaba un escrito, de Juan, ora uno de Margarita, etcétera.

En los lectores el hecho empezó a desper-

tar curiosidad y así la esposa de Don Enrique preguntaba a la de Don Alejandro:

—¿Tu a quien crees que la boleta perjudicará la próxima semana?

Luego la cosa tomó incremento y surgieron apuestas hasta que llegó a una reglamentación en forma de una Boleta Literaria que se insertó en el mismo periódico, sirviendo para acertar el colaborador a quien la próxima Boleta de Fútbol mutilaría su escrito

Pronto se vió que la Boleta Literaria, también causaba destrozo en la literatura del periódico, naciendo acto seguido una 2.ª Boleta Literaria para anotar a que notable escritor perjudicaría la 1.ª Boleta Literaria.

Pero como que la 2.ª Boleta Literaria también...

La imaginación del lector puede continuar con la inserción de Boletas. Si no, tenemos la impresión de que el escrito resultaría ligeramente monótono.

—Anota: El Palamós alineó a González; Ros, Buch, Prades; Vaqué I, Colomer (de Albons); Jante, Abella, Segura, Vancells y Vaqué II; y el Guixols presentó a un gran equipo Galcerán; Colomer, Terrades, Ventura; Busquets, Mallart; Julio, Muñoz, Massoni, Pascual y Dani. Puedes hacer constar también, que de los protagonistas, ninguno juega en el Palamós, pero cuatro de ellos figuran en las filas del Guixols; Terrades y Muñoz que defendieron aquel día al Guixols, y González y Segura, que vestían la camiseta del Palamós, ¡ah!, y anota también, que el árbitro del encuentro fué el famoso Saz.

Terminado el partido, no encontramos por ningún lado a nuestro hombre, pues queríamos poner punto final con un pequeño comentario al 3 a 2.